

JUAN MARÍA GUELBENZU, PIANISTA ESPAÑOL DEL SIGLO XIX — II.

Jesús María MACAYA FLORISTÁN
jesusmarimacaya@gmail.com

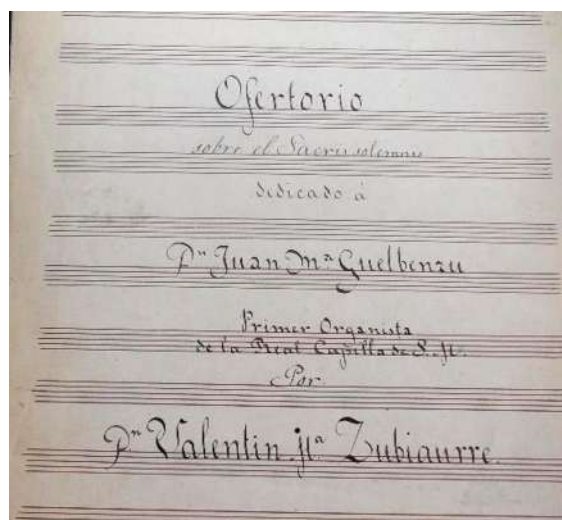
LA REVOLUCIÓN DE 1868

El 19-IX-1868 el presidente del gobierno, González Bravo, presentaba ante la reina en San Sebastián la dimisión, le sucedía provisionalmente el ministro de la Guerra, Gutiérrez de la Concha. La Revolución, "La Gloriosa", se había iniciado. Desde Cádiz el almirante Topete, con Serrano y Prim, al grito de ¡abajo los Borbones!, daba el inicio a la sublevación, seguido por la mayoría del ejército. La música aportó su grano de arena. Emilio Arrieta y García Gutiérrez componen el himno correspondiente con frases como éstas, "*Subió al trono Carlos I verdugo de Castilla que ahogó la independencia de España en Villalar.... Fernando VII deja cadalsos, sangre, luto y miseria ... Los dos Felipes de triste historia.... Subió al trono el Borbón dejando Gibraltar.*"

Los cambios llegaron inmediatamente. Eslava cesa en la Real Capilla al quedar suprimida y Arrieta le sustituye en la dirección del Conservatorio, que a partir de entonces se llamaría Escuela Nacional de Música. Gayarre pierde la beca y regresa a Pamplona, hasta pudo ser un beneficio, en compensación marchó a Italia. El teatro Real cambia de nombre por teatro Nacional, pero la ópera continúa con su marcha tristonada. Gaztambide hace las maletas y emprende una gira por Cuba y Méjico con su compañía de zarzuela. Murió en Madrid en 1870 víctima de una enfermedad contraída en el viaje. Como sucede siempre ante un cambio de esta envergadura, la oposición se marcha a su casa y llegan los simpatizantes. Arrieta, Zabalza, Barbieri, Monasterio, etc., partidarios del movimiento revolucionario, han sido favorecidos; Eslava y Guelbenzu pierden importancia.

¿Cómo vivió Guelbenzu este periodo revolucionario? ¿Preveía la caída de su protec-

tora? ¿Temía represalias por su seguidismo monárquico? Envidias, rencillas.... Todo pudo ser y nada pudo ser. Mas bien, pienso, que el favoritismo que gozaba de la familia real –aunque merecido por su valía artística- y la lealtad a la reina podían motivar represalias por parte del mundo musical, como le sucedió a Eslava. Lo que sí sabemos es que dejó Madrid y en ese otoño de 1868 fijó su residencia entre San Sebastián y Hendaya. El periódico monárquico parisino *Le Gaulois*, escribió que era un conspirador isabelino por sus continuos viajes entre las dos ciudades. Corrió la noticia que le habían secuestrado la correspondencia al intentar depositarla en Correos. El gobernador civil de Guipúzcoa y Guelbenzu lo negaron. Terminó residiendo en la capital francesa, al lado de la destronada Isabel. Alrededor del palacio de la ex reina, se reunían personalidades españolas que se habían expatriado al mismo tiempo que ella, y otras pasaban largas temporadas en París. En algunas salas, como *Erard*, se celebraban conciertos con intérpretes españoles, entre ellos estaban Guelbenzu y la gran contralto Elena Sanz (amante de Alfonso XII con el que tuvo dos hijos).



Pieza musical dedicada a Guelbenzu.

REGRESO DE GUELBENZU

Con la llegada de Amadeo de Saboya al trono español regresó a Madrid, parece ser que le dio confianza, por lo menos había un monarca, aunque no era de la dinastía preferida. La Sociedad de cuartetos solicita su aportación anterior, a lo que accede. El 17 de diciembre es la fecha de su nueva presentación: "El Sr. Guelbenzu, que después de tres años de ausencia tomaba de nuevo parte en estas admirables sesiones de música clásica, fue recibido con una salva de aplausos". Con él, regresó nuevamente Beethoven a los atriles del piano; interpretó la *Sonata en do menor*, y como siempre entusiasmó a la asistencia "que no cesaba de interrumpirles con bravos y palmadas"; "digno maestro de piano de S. M. la reina Isabel", ha llegado con notable mejora en su arte, escribía Goizueta (*La Época*, Revista musical, 20-XII-1871).



EXCMO. SR. D. JUAN MARÍA GUELBENZU,
PIANISTA EMINENTE, PRIMER ORGANISTA DE LA REAL CAPILLA.
Nació en Pamplona, en 1819; † en Madrid el 8 del actual.

Grabado de época representando al músico navarro.

El semanario satírico *Fray Gerundio de Ogaño* (*Fray Gerundio de Ogaño*, Sociedad de cuartetos, 16-XII-1872) se suma a los éxitos de Guelbenzu y se interesa por la interpretación, esta vez él solo, de la *Sonata patética en do menor para piano* (13), de Beethoven: "con ese sentimiento y gusto innato en él, con ese conocimiento exquisito de la música clásica, con es pulsación *sui generis* que hace hablar al piano, que hace llenar de armonía el es-

pacio sin confundir los sonidos, y dando a todos ellos el colorido armonioso del conjunto y el carácter que imprimió a todos el autor en la obra...". Sobre la *Sonata en sol mayor para piano y violín* de Haydn opinaba que la interpretación fue *el non plus ultra*. Se preguntaba si eran dos o uno los instrumentos que se oían. Si son dos "¿cómo llegan a nuestros oídos esos sonidos tan perfectamente iguales, tan deliciosamente sentidos?"

Al iniciarse febrero del año siguiente llega la ocasión de escuchar una de las mejores composiciones de Guelbenzu. Participa en el Conservatorio en un concierto privado, dando a conocer el arreglo realizado para piano a cuatro manos del Sr. Vázquez; tuvieron que repetir los últimos tiempos. A continuación, tocó sus dos zortzicos y su *Recuerdo Vascongado*; para el crítico donostiarra Peña y Goñi: exponentes, "de toda la melancolía de la música popular vascongada", embellecidas y haciéndolas asequibles a los tiempos modernos.

Aprovechando el comentario de estas obras escribió una lección magistral sobre el zortzico. "Es la música popular por excelencia, el zortzico participa a la vez de la dulce quietud campestre y del noble y guerrero valor de los antiguos eúskaros; es la pintura exacta y fiel del carácter vascongado y el más sublime de todos los cantos populares". Las tres composiciones, sí son cantos populares, "porque están calcados en el sentimiento del pueblo". El mérito de estos zortzicos está en que ha sabido "conservar en el fondo la inefable expresión de este delicado canto".

Consta de una tiernísima cantilena en la menor, de un movimiento ondulante, situado el bajo con blanca y negra (seis por cuatro), es decir, el ritmo vulgar en tiempo algo pausado, de las barcarolas italianas. Después de esta melodía que semeja un lamento arrancado del fondo del corazón, hay un corto episodio en la mayor, tiempo más movido, en dos partes que se diría intercalado allí para consolar tristemente al motivo anterior. Después del dos por cuatro vuelve a oírse la cantinela en la menor, a la que prestan esta vez especial encanto unas preciosas imitaciones, perdido eco que forma un dúo inefable con la idea matriz que le da vida, y entre cuyos últimos suspiros se disuelve. Tiene "un motivo dominante y un corto episodio"; pero necesita un gran intérprete y ese es Guelbenzu.

PRIMERA REPÚBLICA

A escasos días de este concierto, el 11 de febrero, el país va a vivir una experiencia inédita, la proclamación de la 1ª República. Entre medio, el caos reinante, no era para menos, levantamientos militares, proclamación de repúblicas independientes y sublevaciones carlistas. Hasta aquí hemos llegado –en el parecer del general Pavía- y a tiro limpio, el 2 de enero del año siguiente disuelve las Cortes, entregando el poder al general Serrano con el beneplácito de los partidos políticos. El pueblo español, mayoritariamente, respiró tranquilo. Los monárquicos y el ejército no pararon hasta que el general Martínez Campos desde Sagunto proclamaba al nuevo rey: Alfonso XII, que entrega su confianza de gobierno a Cánovas del Castillo.

Si la proclamación de la República pudo sembrar inquietud en Guelbenzu, esta reinstauración le serenó, los Borbones que le apoyaron regresan al trono español. Aun más, después de haber sido nombrado miembro de la sección de música de la Academia de Bellas Artes, junto a Eslava y Barbieri, (habían quitado el "San Fernando"). La Sociedad de Cuartetos continuó con sus actuaciones habituales. En los conciertos de la temporada 1874-75, como de costumbre, ofreció Guelbenzu tres obras de Beethoven. Para Goizuetta, en la primera conmovió al auditorio; en la segunda rayó en la perfección, otro pianista no lo hubiera conseguido; en la tercera, nunca había oído tocar el piano con mayor perfección, imposible igualar su interpretación. En la última sesión (El Imparcial, 11-1-1875) Mendelssohn y Haydn, sin Beethoven. El primero con el *Cuarteto en fa menor para piano, violín, viola y violoncelo (2)*, en medio de los aplausos "no sabemos si como desagradio de haber tomado parte en la sesión anterior en la ejecución de la sonata de Rubinstein, para él gran pecado", interpretó con más esmero que nunca fraseando en el andante con colorido y diciendo las cadencias con delicadeza, siendo varias veces interrumpido por los aplausos; el segundo con la *Sonata en sol menor para piano y violín (581)*, en el *minueto* ejecutó con amor su parte. Al compositor alemán le vuelve a interpretar en el inicio de la temporada siguiente en un cuarteto, y en la segunda sesión una obra nueva para los asistentes: un trío del ruso Rubinstein, que el público lo es-

cuchó, sin más, algunos decían no comprender la obra, otros que había que escucharla en más ocasiones para juzgarla.



El tenor navarro, Julián Gayarre.

Entre temporada y temporada, es solicitado para intervenir, el 20 de abril, en un concierto organizado por la marquesa de Alcañices, en su palacio, en pro de los heridos de la guerra civil. Asistieron más de cuatrocientas personas, actuando cantantes del teatro Real. Con Monasterio interpretó un *Dúo* sobre motivos de *Guillermo Tell* (no era la primera vez que lo tocaba) y *Andante con variaciones de la sonata (47)*, de Beethoven (ambos músicos permanecían unidos hasta en las fiestas privadas). El verano de 1876 lo pasa en San Sebastián, algo habitual, y el 30 de julio se traslada a Hendaya para saludar a la destronada Isabel (el esposo vivía aparte), que llegaba desde París -demostrando de esta manera su fidelidad-. Muchos españoles fueron a la estación para saludarla, entre ellos, el conde de Ezpeleta y "muchos de los caídos el año 68 y no levantados el 74".

Volvió a repetir algo similar en el verano de 1885. El 24 de junio llegaba a San Sebastián la ex princesa de Asturias, siendo saludada en la estación por las autoridades, clero donostiarra y ciertos personajes adoradores de la monarquía, entre ellos el hijo político de Guelbenzu; pero D. Juan María tuvo la delicadeza de ir a recibirla a Hendaya, y la

acompañó hasta Zumárraga. Se reanuda en otoño las temporadas habituales de la Sociedad de Cuartetos, en la última sesión sus compañeros interpretan una novedad, una obra de Verdi (La época, Revista musical, 4-1-1877), del que los oyentes salieron desengañados. Menos mal, que a continuación correspondía la *Sonata en do menor* (30), de Beethoven, demostrando Guelbenzu –una vez más para Goizueta- que no tiene rival para ejecutar la música de los grandes maestros; en sus manos el piano consigue cierto sentimiento que en otros instrumentos no se logra.



Jesús de Monasterio, de la Sociedad de Cuartetos.

DIEZ ÚLTIMOS AÑOS

Dos navarros van a conseguir grandes éxitos en la capital de España. El 5-X-1877 asiste al teatro Real, Gayarre, debuta en Madrid con *La Favorita*, de Donizetti, acompañado con otra debutante, Elena Sanz. La prensa no escatimó en alabanzas al tenor –compartidas por ella-, no cesaron hasta su despedida el 21 de marzo del año siguiente. “Pocas veces hemos asistido a una despedida más afectuosa y entusiasta”, decía *El Globo*. Un día después le acompañó al piano en Palacio, el rey deseaba escuchar al tenor antes de salir de gira, como también lo hizo en 1885 con el

cantante tolosano, de treinta y ocho años, Santiago Arrillaga (llegó a ser organista de la catedral de la ciudad californiana de San Francisco).

El 7-III-1880 acude al teatro Príncipe Alfonso, Sarasate hace su presentación. *La Época* le recibió con este saludo: “Bien venido sea el Sr. Sarasate. Su patria le hace justicia, sus contemporáneos le admiran, y los madrileños le aplauden” Al igual que con Gayarre, le acompaña al piano en su visita a Palacio. Guelbenzu, violinista y tenor volvieron a reunirse en el verano donostiarra para un concierto a beneficio de los damnificados por el incendio del pueblo navarro de Jaurieta. El público abarrotó el teatro, se pagaron precios escandalosos, por una butaca de 15 pesetas se llegó a abonar 60. También participó en otro festival benéfico en 1885 en la misma ciudad, esta vez para ayudar a los damnificados por el cólera en Aragón. El 23-VII-1878 otro navarro era protagonista de una noticia muy diferente: moría Hilarión Eslava después de una larga enfermedad. Guelbenzu estuvo presente en el desfile mortuario. *El Globo* le dedicó estos elogios, “Eslava figura a la cabeza de esa ilustre falange de músicos vasco-navarros, que hoy en nuestra patria casi monopolizan el cultivo del divino arte de Mozart, Haydn y Cimarosa. Díganlo sino los característicos apellidos de la mayor parte de nuestros compositores y maestros, salvo Monasterio y Barbieri. Ledesma, Guelbenzu, Arrieta, Gaztambide, Aranguren, Zabalza, Mendizábal, Zubiaurre, el gran tenor Gayarre y otros muchos que todo el mundo conoce, forman la brillantísima legión de profesores y artistas vasco-navarros, a cuya cabeza ha figurado dignamente el ilustre Eslava, maestro de casi todos ellos”.



Teatro Real de Madrid.

Salvo 1877 -en el que con Mirecki interpretó la *Sonata en si bemol para piano y violoncelo*, de Mendelssohn, interrumpidos por los aplausos, algo no habitual- hasta la temporada 1880-81 no hay nada especial a señalarse; conciertos de los compositores de siempre acompañados de críticas elogiosas, también habituales. La novedad de esa temporada estuvo en los elogios -si es que se puede decir novedad-: en la obra de Beethoven hizo exclamar a Goizueta: "¡Qué pulsación tan maravillosa de Guelbenzu! ¡Qué pureza de estilo y con qué religioso respeto ejecutó aquella preciosa sonata!". En la de Mozart, la admiración correspondió a *La Iberia*: "no cabe interpretar con mayor delicadeza con más brillantez aquellas melodías inspiradas que llevan el sello del verdadero genio". No todo son rosas en la Sociedad de cuartetos, en diciembre de 1880, Gómez Landero en *Crónica de la música (La Sociedad de Cuartetos, 22-12-1880)* lanzaba una dura crítica, considerando la alta calidad de sus componentes, y les exigía: "variedad de obras y buena interpretación". *Tenemos la firme convicción que sólo a tal estilo merece una Sociedad que no varía nunca sus programas, sacrifica el gusto del público a u comodidad, y pudiendo dar a conocer multitud de obras de los mejores autores, se abandona a las de su repertorio reducido sin que la animen los aplausos ni la estimulen las censuras.*



El Rey, Alfonso XII.

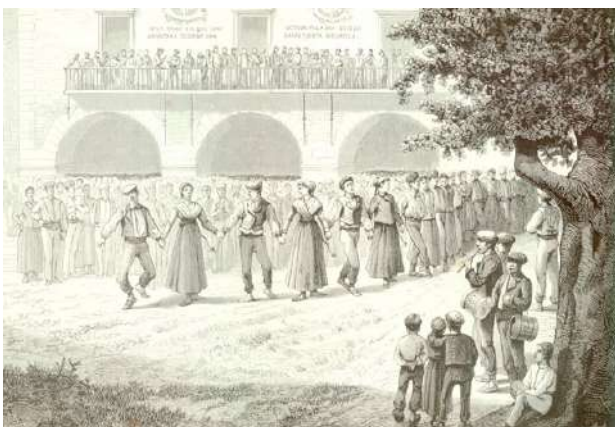


El músico Isaac Albéniz.

Propone una serie de tríos, cuartetos y quintetos que deberían interpretarse: Weber, Beethoven, Rubinstein, Chopin, Schubert, Schumann, Mendelssohn, Raff, Bruch, y otros autores modernos, incluido el cuarteto de Verdi. Si así lo hace, merecerá el aplauso; "pero nunca traspasarán los límites de lo justo". Si realizamos un repaso a la relación de las obras que interpretaban, cierta razón tenía. Beethoven, Mozart, Mendelssohn y Haydn acaparaban los programas, especialmente el primero; escasa la participación de Chopin, Schumann, Grieg, Weber, Schubert etc., y de otros nombres del romanticismo, nada. Llevaban diecisiete años ofreciendo sesiones de cámara, quizá la rutina se había apoderado, no arriesgaban con nuevos compositores o no conectaban con lo que en Europa se escuchaba; ser innovador sin respirar nuevos aires, es muy difícil.

El inicio de la temporada 1881-82 se retrasa debido a la muerte de dos seres muy queridos de Guelbenzu: su madre y un nieto. En la primera actuación se notaba su situación anímica. En la última, que interpretó un cuarteto de Beethoven y una sonata de Mozart, *El Globo (Sociedad de cuartetos, 15-1-1883)* advertía una menor asistencia de público en la temporada finalizada, "*Sin el amor al arte*

del Sr. Guelbenzu, sin la actividad del Sr. Monasterio, alentada en la empresa acometida por unas facultades de primer orden, es posible que permanecieran todavía ignoradas de nosotros todas esas joyas del arte que constituyen el delicioso repertorio de la música di cámara... Por eso no nos explicamos la ausencia de algunos aficionados a estas solemnidades musicales sino pensando en causas ajenas al público y a los profesores".



Antigua representación del baile del Zortziko.

Dentro de las desgracias familiares, recibe dos buenas noticias; se le concede la gran Cruz de Isabel la Católica y al año siguiente, tras un concierto que la Sociedad de cuartetos ofreció en Lisboa, la condecoración lusa de la Concepción de Villaviciosa (en este recital tuvieron como violinista, también, a Fernández Arbós). Parece que la denuncia de Gómez Landero ha sido escuchada. En esa temporada hay interpretaciones de Schubert por parte de sus compañeros, y él, de Schumann, Raff, y de Chopin una polonesa con Mirecki al violoncelo. Sobre la última sesión de la temporada *El Globo* (Sociedad de cuartetos, 23-1-1883) publicó un interesante comentario en el que volvía a denunciar la ausencia de algunos aficionados a los conciertos, aunque en ésta, la asistencia era notable. Sin el amor al arte de Guelbenzu y la actividad de Monasterio, hubiera sido imposible –dice– el conocimiento de esta música, por lo que aun extraña más lo anterior. Referente a la última sesión, la *Sonata en fa para violín y piano*, de Mozart, uno y otro, supieron respetar la propuesta del autor. Es cierto que el número de asistentes nunca fue notable, en los años mejores pudieron estar alrededor de 130 personas y en otras, alrededor de 80.

La temporada 1883-84 la Sociedad de conciertos no ofreció sesión alguna por reformas del local y se trasladó en la siguiente al salón Romero de la calle Capellanes, en la que hubo una novedad, en los atriles Arriaga, el Cuarteto en re menor; pero Guelbenzu no era de la misma opinión, interpretó la *Sonata en do menor*, de Beethoven, donde –para *El Liberal*– demostró que traduce la música clásica con arte “refinado y exquisito”. En esta temporada, por primera vez, tocó un concierto a dos pianos de Mozart, su compañero fue del director de orquesta, Vázquez, y también por primera vez interpretó al compositor y violinista italiano del siglo XVIII, Giuseppe Tartini. Son más frecuentes intervenciones en tríos y cuartetos y en algunos casos, acompañado por el violoncelo de Mirecki en sustitución del violín de Monasterio.

El título de este capítulo tiene su explicación. Más o menos es el periodo en que la prensa va disminuyendo la información de la Sociedad de cuartetos, quizá porque son catorce años de vida y la novedad para los aficionados ya no existe. Se ha expuesto la poca numerosa asistencia, aunque fue aumentando con los años; pero en la época de los ochenta volvió a disminuir; en las últimas temporadas, generalmente, solo se anunciaba el programa a interpretar. Además, alguna ausencia en ciertas fechas y el local poco cómodo, no favorecía. La ausencia de Goizueta, como crítico, provoca menores comentarios, él era el principal defensor y entusiasta de los conciertos. Probablemente, la reiteración de la música a interpretar, desanimó a los melómanos, que no eran muchos en España para esta música.



Algunos miembros de la Sociedad de Cuartetos.

No se puede negar el gran favor que la música española recibió de Monasterio y Guelbenzu con la fundación de esa agrupación – imitada en otras ciudades españolas- y cómo dio a conocer la nueva música y la de cámara; pero con los años van llegando nuevos intérpretes con la enseñanza recibida en las capitales europeas, y esa novedad ya no es tanta. En 1885, Monasterio tenía 49 años y moriría con 67, y Guelbenzu 61 y a su muerte, uno más. Para nuestra época estaban en plenitud de facultades, en la de ellos corría la decadencia. Arrieta murió con 73 años, Dámaso Zabalza con 61, Gayarre con 46 y Eslava con 71; el ocaso de sus vidas estaba alrededor de veinte años menos que en el siglo XXI, los nuevos artistas con algo más de veinte años venían empujando.

MUERTE DE GUELBENZU

En diciembre de 1885 la salud de Guelbenzu se resquebraja, duda en seguir ofreciendo los conciertos habituales. Es el preludio de su muerte. Sucedería al mes siguiente. *“Esta mañana (8-I-1886), a las nueve, ha muerto Guelbenzu (Época, D. Juan Guelbenzu, 8-I-1886). Según Peña y Goñi pertenecía a esa pléyade, por desgracia muy contada, de pianistas que fían el éxito más al alma que a los dedos, que quieren conmovier y no asombrar, poetas del instrumento cuyas cuerdas hacen vibrar notas contenidas de la pasión, y que ocultan las mayores dificultades mecánicas*

vencidas con el dulce atractivo. Poseía profundos conocimientos en el órgano y conocía los clásicos como ninguno, gozando de reputación tan excelente como merecida, y dio días de gloria a la sociedad de Cuartetos, aumentando considerablemente su esplendor. Era muy considerado en Palacio y en la sociedad por su fino trato, su cultivada inteligencia y sus cualidades de hombre de mundo. A las once de la mañana fue conducido el cadáver desde su casa de Preciados, 33, a la sacramental de San Isidro, en una carroza tirada por cuatro caballos. Presidían el duelo Arrieta, Gorostidi (hijo político) y un sacerdote. Asistieron Monasterio, Tragó, Albéniz, Zubiaurre, Inzenga, Zozaya, Zabalza, etc. Los funerales tuvieron lugar en la parroquia de San Martín.

El primer concierto de la Sociedad de cuartetos, que se celebró a continuación de su defunción, en señal de respeto, no intervino el piano, en el atril había una corona de laurel sobre los papeles de música y de ella pendían cintas negras que cubrían el teclado. “El papel de los programas tenía orla negra y al frente de la primera hoja, algunas palabras cariñosas consagraban recuerdo de amistad al antiguo compañero y amigo íntimo”. En el segundo concierto fue sustituido Guelbenzu por su discípulo, Miró. A los días la Real Academia de Bellas Artes dedicó casi por completo una sesión a él.



Interior del teatro Real de Madrid.

CONCLUSIÓN

Juan María Guelbenzu perteneció a una generación de músicos navarros –como se ha apuntado- que protagonizó la música española de la segunda mitad del siglo XIX. La primera pregunta que hay que hacerse es cómo pudo desarrollarse en una provincia de trecientos mil habitantes -los mismos de Madrid- y como decía Herminio Olóriz, en una Navarra, hablar de las letras era como predicar en el desierto; de las artes plásticas poco se puede escribir. Tema que no ha ocasionado –hasta el momento- ser objeto de investigaciones. Fueron personajes que desarrollaron sus carreras musicales fuera de Navarra y no influyeron en el devenir de su historia. Además, la lejanía de los lugares donde ejercieron la profesión y los pobres medios de comunicación existentes, no ayudaron el contacto con Navarra.

Aunque –como digo- hay que profundizar más, uno de los motivos de ese esplendor pudo estar en que fue una generación, la mayoría, iniciada musicalmente en las capillas de música parroquiales o por sus organistas, y comprobando sus aptitudes, con sacrificios económicos de ellos mismos o de sus familias, se perfeccionaron en Conservatorios o con clases particulares. La desamortización impidió que posteriormente pudiera continuar esa labor.

Después de ahondar en la vida de Guelbenzu, la conclusión no varía de lo expuesto en el inicio: pianista número uno, en su época, de España. Un intérprete mimado por la familia real, lo que ocasionó su protagonismo social. Pero fue un obstáculo a su proyección internacional, prefirió elegir ese protagonismo que luchar por conseguir un puesto de mayor dimensión internacional. Esto le hubiera supuesto una actividad más intensa y con resultados dudosos, caso similar al de Jesús de Monasterio. La música española del siglo XIX, salvo excepciones muy limitadas, no gozó de gran prestigio en esos años fuera de nuestras fronteras. Si Sarasate y Gayarre lograron grandes laureles, su aprendizaje y primeros pasos lo hicieron en otros países, además de seguir, con el éxito ya logrado, en los escenarios internacionales, intercalando actuaciones en España.

Esto no emborrona el nivel interpretativo de Guelbenzu, su prestigio quedó intacto. Describir su arte ante el piano –después de leer

lo que se escribió sobre él- poco hay que añadir. Los testigos lo han transmitido, solo nos queda celebrarlo como se merece. Como compositor, no han sido muchas las obras que dejó. *Recuerdo Vascongado* puede ser la obra más celebrada y la *Misa* se interpretó con frecuencia y una vez fallecido, también. Como a cualquier compositor, si no hay persona u organismo que le recuerde, la obra cae en el olvido. La princesa Isabel, que tanto le admiraba, se preocupó en editarlas.

Como punto final, apunto los comentarios de una publicación, en este momento anónima, "*Tenía una aptitud notable para adaptarse a las composiciones de cada maestro: la sencillez y encanto de Haydn, la ternura y profundidad de Mozart, la pasión y virilidad de Beethoven, la elegancia y poesía de Chopin. Dotado de un sentimiento extraordinario del ritmo, obtenía del piano sonidos vigorosos, pero ajenos a toda dureza, o notas suavísimas, gracias a la pulsación delicada y verdaderamente sui generis, y su manera de interpretar las obras clásicas conmovía el ánimo, y llegaba al alma sin causar el menor desasosiego ni zozobra; implantó en España la afición a la música clásica con la fundación de la Sociedad de Cuartetos*".

OBRAS DE GUELZENBU EN LA BIBLIOTECA NACIONAL:

- 3 Melodías para piano
- Barcarola
- En la soledad
- Guipúzcoa, zortzicos (piano)
- Himno a la Virgen de la Almudena
- Introducción y Marcha y Trío (piano)
- Mamita (habanera)
- Melodía (piano)
- Misa en sol menor
- Música para piano
- Nocturno duetto para piano forte
- No sé por qué te amé
- Obras póstumas
- Recuerdo andaluz (serenata)
- Recuerdo (melodía)
- Recuerdo Vascongado (piano)
- Río Frío (polka)
- Romanza sin palabras
- Tres valsos
- Vals español
- Vals melódico (piano)
- Velada del recluta (marcha)
- Venus (polka – mazurca)